

la cornisa, cae sobre el brazo derecho de una de las soberbias estatuas que representa la Nacion, teniendo en su mano sostenida la sagrada Carta; y cáete aquí que brazo y libro van por el suelo, y quedo manca la estatua; ¿no es verdad? gracias á la vigilancia en haberle puesto otro, y otra, aunque se conozca que está pegado.

El Grande FERNANDO VII. amaestrado en la desgracia en un pais extranjero, ha llegado á conocer perfectamente á los hombres, y sobre todo aquellas causas que en estos últimos tiempos han acarreado la ruina de los tronos. El cielo rompió las cadenas que lo tenian cautivo en Valencei; previno este gran suceso con aquellas espantosas catástrofes que en solo año y medio habian de reducir á la nada el poder incommensurable de su opresor, allanó las fuertes barreras que lo separaban de su querida y suspirada España, y los presentó á nuestros ojos como la estrella hermosa de la mañana cuya brillante luz anuncia la llegada de un dia sereno y claro.

El alma de este deseado Príncipe, de este prodigioso Monarca, adornado de moderacion y de sabiduria, ha producido en las nuestras aquella revolucion extraordinaria de sentimientos, cuyo dulce canto, mas bien que de la lira, solo parece digno del Arpa de David. Vimosle qual amoroso padre en nuestros brazos, mezcladas sus lágrimas con las nuestras, divididos el placer y la tierna sonrisa, coronada con las gracias de aquella edad en que reynan el juicio y la razon, y en que tienen un libre curso las propensiones benéficas. En medio de esta enagenacion universal, el corazon de FERNANDO habla al de sus vasallos de esta manera: „Valientes y esforzados hijos míos: habeis sobrepujado en gloria á todos los pueblos antiguos y modernos. Con vuestra libertad y la mia habeis conquistado tambien la libertad del mundo. Peleasteis por la justicia, y el Angel de la victoria acaba de ornar vuestras sienes con laureles inmortales; mas la felicidad presente no nos dexará olvidar jamás el fatal origen de las calamida-

